

El Árbol sagrado: del Árbol cósmico al Cristo de Jerte

The Sacred Tree: From the Cosmic Tree to the Christ of Jerte

Angel Martín Sánchez
Universidad del Zulia
Maracaibo – Venezuela

Resumen

Este artículo, inscrito en la perspectiva de la *Filosofía de la Religión* y fundamentado en la exégesis como fundamento metodológico, demuestra la unidad y la continuidad que, en torno al *Árbol Sagrado* y *Árbol de la Vida* están presentes en las concepciones mitológicas de las viejas religiones semitas y mediterráneas, en el libro sagrado del *Génesis* bíblico en la construcción teológica de la cruz en torno al *Árbol del Calvario*, y en la praxis litúrgica de la iglesia cristiana actual, donde aún permanecen vestigios de esta fenomenología mítica.

Palabras clave: Filosofía de la Religión, Árbol Sagrado, Árbol de la Vida.

Abstract

This paper, written from the perspective of the philosophy of religion and based on exegesis as a methodological foundation, demonstrates the unity and continuity regarding the *Sacred Tree* and the *Tree of Life* present in the mythological conceptions of old Semitic and Mediterranean religions in the holy book of Biblical *Genesis*, in the theological construction of the cross around the *Tree of Calvary* and in the liturgical praxis of the Christian Church today, where vestiges of this mythical phenomenology still remain.

Key words: Philosophy of religion, Sacred Tree, Tree of Life.

1. Origen, evolución y significación

Hay dos símbolos referenciales del *Centro del Mundo*, que vienen prodigándose en los mitos cosmogónicos a partir del Neolítico. Uno apunta a la *Montaña cósmica*; el otro -el que nos ocupa- nos remite al *Árbol del mundo*. Este árbol surge del centro umbilical de la tierra; sus copas tocan el cielo; los dioses se alimentan de sus frutos; las almas de los recién nacidos revolotean entre sus ramas.

El *Árbol cósmico* es el “Axis mundi”, el eje central en la cosmovisión propia de las culturas agrícolas. El árbol, la vegetación, configura el modelo cosmogónico que se renueva periódicamente en “tiempo circular” a partir del Año Nuevo. En el *Árbol cósmico* se integran, en un “eterno retorno”, el renacimiento y la inmortalidad. Y del árbol proceden los frutos que alimentan y vigorizan; la sombra que cobija; de sus raíces brotan las fuentes de “aguas vivas”.

En síntesis, el *Árbol cósmico* entraña la “realidad absoluta”:

“se supone que en el Centro del mundo hay un Árbol cósmico, que une las tres regiones cósmicas, pues hunde sus raíces en el infierno, mientras que con sus ramas toca el cielo” (...) “El misterio de la sacralidad cósmica se simboliza en el Árbol del mundo”¹.

Y así como el *Árbol del mundo* representa la sacralidad cósmica, así

“el *Centro del Mundo* es el lugar consagrado por los ritos y las plegarias, pues de ese modo es como se llega a establecer la comunicación con los seres sobrehumanos”².

1.1. Del poema de *Gilgamesh* al *Génesis* bíblico

El *Árbol de la vida* viene asociado en todo el Oriente semita a la “ideología regia”. Así ocurre en la vieja Sumer mesopotámica, tan emparentada con la visión y descripción del Paraíso hebreo. Precisamente los datos del *Génesis* bíblico nos remiten con nombre y apellido a la ubicación del Jardín del Edén en las inmediaciones de la Mesopotamia (Cf. Gén. 2,8-15).

1 ELIADE, M.: *Historia de las creencias y de las ideas religiosas*. (4 vol.). Cristiandad. Madrid, 1985. I, 58.

2 ELIADE, M.: Op. cit. I, 59.

A modo de ejemplo podemos recurrir al tópico del “Jardinero divino” cargo y dignidad que se atribuyen por igual al Uttu sumerio y al Adán hebreo: ambos son “jardineros” del Dios supremo. El tema se repite en el poema de *Gilgamesh*, donde la diosa Ishtar, hija del dios Anu, aparece enamorada del “jardinero” de su padre. Y es frecuente atribuir a los dioses, sobre todo a las divinidades menores, la condición de “jardinero divino”.

Esta advocación de jardinero, propia de dioses y semidioses, se proyecta asimismo a la “Realeza sagrada” que da paso a la “Realeza divina”: el rey ejerce la tarea y ostenta la prerrogativa de jardinero, tal como aparece en la “Leyenda del nacimiento” referida al rey Sargón de Akad (Sig. XXIV a.C.). Y del dios Anu se comenta que tenía por jardinero al rey en persona.

“De los textos se desprende que el rey era considerado el guardián del Árbol de la vida, recibiendo por tal motivo el título de jardinero. (...). Por tanto, el jardín junto al templo, cuyo guardián cúltico era el soberano, está en correspondencia cultural con el jardín mítico del Paraíso”³.

Pero el *Árbol de la vida*, en sí y en cuanto a su fruto, no es propiedad a la exclusiva merced del rey-jardinero. El rey puede ser considerado un ser divino, ya sea por naturaleza o sólo por adopción; pero su dignidad la obtiene en cuanto representante de la Divinidad: el rey está al servicio de su dios y subordinado a él.

En el mito de Adapa, transcrito en el poema de *Gilgamesh*, se habla del *Árbol sagrado* como de un tesoro prodigioso, propiedad exclusiva de los dioses y fuera del alcance de los hombres. Muy distinto, como veremos, a su homólogo del Paraíso bíblico (Gén. 2,9), donde el Árbol se nos presenta al alcance de la mano, tentador y apetecible.

La concepción mítico-ritual del *Árbol de la vida*, que entre los mesopotámicos, asiro-babilónicos y cananeos se ejemplifica como la *hierba* o la *planta* o el *tallo* o el *árbol*, será acogida por el judaísmo y trascenderá después al cristianismo. Y la puerta de entrada al cristianismo será la Iglesia de Siria, que tendrá en San Efrén su principal representante y promotor.

3 WIDENGREN, G.: *Fenomenología de la Religión*. Cristiandad. Madrid, 1976.p. 139.

El *Ramo del Árbol de la vida*, el *sbu issahir amlu*, está representado en el cetro del rey, significando poder y majestad. El ramo del Árbol denota vigor y juventud. Y se traduce como la *sām balati*, la planta de la vida, la medicina de inmortalidad. Y ésta será precisamente la imagen y acepción de la *Rama* o *Árbol de la vida* que acogerá el cristianismo como figura típica de Cristo.

“Todo el que en Mesopotamia participaba de la planta de la vida, se rejuvenecía y adquiría *vida*. Esta idea parece haber pervivido en la Iglesia de Siria, relacionada con la concepción de Cristo como árbol de la vida, de cuyo fruto tomaba parte el cristiano a través de la eucaristía”⁴.

El relato del *Génesis* (Gén. 2,9; 2,16-17; 3,1-24) nos muestra la existencia de dos árboles de relevancia sin igual en el Huerto del Edén: el *Árbol de la ciencia* y el *Árbol de la vida*; árboles ambivalentes de signo contradictorio: apetecibles y detestables, atrayentes y rechazables, benéficos y maléficos; árboles de vida o muerte, de salvación o de condenación. En esos pasajes del *Génesis* previamente citados se inscribe la *saga* del Antiguo y del Nuevo Testamento. Esos relatos reflejan la esencia doctrinal del judaísmo y el “Protoevangelio” del cristianismo. Y a ello responde tanto la esperanza mesiánica y soteriológica del pueblo de Yahvéh cuanto el misterio de redención y salvación de la Iglesia de Cristo. El contexto común nos habla de la antítesis entre el “hombre viejo” y el “hombre nuevo”: entre Adán y el Mesías para unos y entre Adán y Cristo para otros. Así lo da a entender Pablo al establecer la relación de distinción entre Adán y Cristo (Rom. 5, 12-ss)⁵.

El *Árbol de la ciencia*, el *Tob wārā*, fue plantado *por* Yahvéh en el centro del Edén. Un árbol de cuyo fruto Dios prohibió al hombre comer bajo amenaza de muerte (Gén. 2,9; 2,7; 3,3-ss). Un árbol fatídico, no sólo para el hombre, sino también para Dios. Para el hombre, porque su suerte

4 WIDENGREN, G.: *Fenomenología de la Religión*, p. 293.

5 Aunque *Mesías* (Mashíah) y Cristo (Jristós) se traducen por igual como *Ungido*, sin embargo no son sinónimos ni representan lo mismo. *Cristo* trasciende la significación y alcance de *Mesías*, pasando a identificarse con *Kýrios* (Señor) como título de divinidad. De acuerdo con la tradición judaica el Mesías es, al igual que el rey, “hijo de Dios” por adopción y no por naturaleza. En cambio, el Cristo de la tradición postpascual designa a una persona esencialmente divina “consustancial con el Padre”. Cf. MARTIN, A.: *Jesucristo: ¿Hijo de Dios?*. Vadell Hermanos Edit. Caracas-Valencia, 2001. p. 140 ss.

pende de él a vida o muerte, privándose del fruto o cediendo a la tentación de comerlo. Y para Dios, porque no puede aceptar que el hombre, al comer del árbol, llegue a ser “igual a Dios” (Gén. 3,5; 3,22).

Junto al *Árbol de la ciencia* se erguía el *Árbol de la vida*: el árbol cuyo fruto era para el hombre garantía de inmortalidad (Gén. 3, 1-5; 3,22). EL *Árbol de la vida* que aparece en el *Génesis* es una muestra de la tradición semita en concordancia con el origen histórico, social y religioso del pueblo de Israel. El *Árbol de la vida* es un fenómeno común de la mitología oriental, arraigado entre sumerios, akadios, babilónicos, asirios y cananeos. Pero hay algo peculiar que distingue al árbol bíblico del resto del Viejo Oriente. En la Biblia hebraica encontramos alusiones a un árbol muy particular: el *Árbol de Yahvéh*. Y se nos habla de los árboles sagrados plantados por Yahvéh-Dios (Núm. 24, 6. –Sal. 104, 16). Estos árboles sagrados marcan el lugar en que han de celebrarse los juicios y asambleas (Jue. 4,5), la ubicación de sepulturas de personalidades notables: Débora fue sepultada al pie de la encina *Alon-bucut*, la encina del llanto (Gén. 35,8); los huesos y despojos del primer rey de Israel, Saul, fueron sepultados debajo del árbol de Jebés (I Sam. 31,13. I Cro. 10,12). Entre los “árboles sagrados” merecen mención especial el terebinto de Maré, junto a Sikén (Gén. 12, 6); la encina de Ofrá, bajo la cual “se sentó el Angel de Yahvéh” (Jue. 6,11); el tamarisco de Beerseba, plantado por Abraham como lugar de invocación a Yahvéh (Gén. 21,33). En un midrás atribuido a Perek Shirah (Mid. Shir.42a), así como en el *Seder Gan Eden*, midrás referente al jardín del Eden, se hace mención del *Árbol de la vida*, a cuya sombra suele descansar el Creador. Los colores de ese árbol son dorado y rojo; su copa cubre todo el Paraíso; y de sus raíces surgen cuatro fuentes, que respectivamente manan leche, miel, aceite y vino.⁶

1.2. El mundo greco-romano

El protagonismo cósmico del Árbol, que a partir del Neolítico es común en gran parte de los pueblos, se advierte en los primeros enclaves del

6 El *Seder Gan Eden* apareció publicado en la obra de JELLINEK, A.: *Beth Ha Midrash* (6 vol.). Leipzig, 1877. Reed. Jerusalén, 1938. Cf. Vol. I, 131-140; 194-198. En la versión mesopotámica esas cuatro fuentes corresponden a los ríos Eufrates, Tigris, Coaspes y Pallakopas, mientras que en la narración bíblica del *Génesis* el río que nace en el centro del Edén se ramifica en cuatro brazos, cuyos nombres son: Pisón, Gihón, Eufrates y Hídekel.

Egeo y del Mediterráneo e incluso está presente en los núcleos pregermánicos. Entre estos últimos, el árbol Yggdrail es el punto central y la esencia misma del universo. Sus ramas se extienden abarcando el mundo; sus raíces se hunden en la región de los muertos; sus copas se elevan hasta el cielo.

Para no extendernos citando ejemplos, baste añadir que en una y otra parte, de un modo u otro, el *Árbol del mundo* representa el eje central cósmico, en torno al cual giran el cielo y la tierra y el abismo y lugar de los muertos.

En la mitología mediterránea el culto del Árbol es tradicional. En la civilización cretense hallamos suficientes testimonios iconográficos del culto ritual tributado a ciertos árboles.

“En éstas y otras escenas parecidas se ha visto, y con razón, no sólo el drama anual de la vegetación, sino también la experiencia religiosa provocada por el descubrimiento de la solidaridad mística entre el hombre y las plantas”⁷.

Hablemos de las Fiestas de Marzo en el mundo romano. En el séptimo día de las celebraciones en honor Attis y Cibele, que tenían lugar durante el equinoccio de primavera, el pueblo participaba en el acto mítico-ritual del “Arbor intrat”, la introducción y presentación del Árbol en el templo. El ceremonial respectivo estaba a cargo de la cofradía de los *dendróforos* (los que llevan el árbol). Todo el concierto cultural se iniciaba en el bosque con el ritual de seleccionar y talar un pino y trasladarlo en procesión hasta el templo de Attis, el dios que muere y resucita. Y, para mejor significar la suerte del dios, que se quitó la vida emasculándose debajo del Árbol, los *mýstes* recubrían el tronco del pino con vendas y cintas, en alusión simbólica a la mortaja del dios; y entre sus ramas se colocaba una imagen de Attis. Pero, si bien el Árbol evocaba y representaba al dios en su muerte, también era augurio y prenuncio de su resurrección, celebrada al amanecer del día siguiente, denominado “Dies hilaria” o Fiesta de la alegría.

2. Cristo es el *Árbol de la vida*

Existe manifiesta relación entre el *Árbol del Mundo* y la visión teológica cristiana, ejemplificada en el culto litúrgico de la Cruz. La Cruz, patí-

7 ELIADE, M.: Op. cit., 150.

bulo y trono del Hijo de Dios; paradoja entre el honor y el oprobio; la Cruz de Cristo, “locura para los que se pierden y poder de Dios para los que se salvan (...). Cristo crucificado, escándalo para los judíos y necesidad para los gentiles” (I Cor. 1,18-23). La Cruz, vida y gloria del cristiano, como lo proclama Pablo: “Lejos de mí gloriarme en otra cosa, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo” (Gál. 6,14).

La simbología de la Cruz se sustenta en la figura y naturaleza del *Árbol*, clavado en la tierra, que abre en dos brazos sus ramas, y que ofrece a la humanidad el fruto divino de Cristo. La Cruz, signo del cristiano, es el *Madero* por excelencia, que evoca y supera al *Árbol Cósmico*. La Cruz hace referencia expresa al *Árbol de la ciencia* y al *Árbol de la vida*, plantados por Yahvéh en el centro del Paraíso. Y el *Árbol de la vida* cobra su máxima expresión y relevancia, su trascendencia y consumación en el *Árbol del Calvario*, del que pende la redención y salvación (Gén. 2,9-ss; 3,1-ss). En tal sentido entiende Eliade la relación entre la redención y el *Árbol del Mundo*:

“La idea de salvación no viene sino a retomar y completar las nociones de renovación perpetua y de regeneración cósmica, de fecundidad universal y de sacralidad, de realidad absoluta y, en resumen, la inmortalidad; nociones todas, que coexisten en el simbolismo del *Árbol del Mundo*”⁸.

La idea de la Divinidad y de la Realeza sagrada, afianzada en el Próximo Oriente, está frecuentemente acompañada con la imagen del *Árbol de la vida*. Y esta concepción tan acendrada es la que se asocia a la Iglesia cristiana a través de la comunidad siríaca; y su propagación se verá plasmada en la literatura y tradición cristianas del siglo III. Este es el hecho trascendental y conclusivo: Cristo es por antonomasia el *Árbol de la vida*.

El *Testamento de Leví*, un vaticinio con aires de profecía, de origen judeo-helenista, proclama acerca del Mesías: “Y abrirá la puerta del Paraíso; y apartará la espada contra Adán; y a los santos les dará a comer del *Árbol de la vida*” (*Test. de Leví*, 18,11). Más aún: la figura de Cristo no sólo asume la imagen y significación del *Árbol*, sino también de su fruto: Cristo mismo es el fruto del *Árbol*, “alimento de vida eterna”. Y en este sentido lo entiende y transmite la Iglesia:

8 ELIADE, M.: Op. cit., 390.

“Jesucristo os invita a entrar en el Edén. El fruto que Adán no degustó en el Paraíso hoy es puesto felizmente en nuestra boca”⁹.

Y en la liturgia jacobita del ritual sirio aparece Cristo, bajo la advocación de Emmanuel, identificado con el *Árbol de la vida*:

“El altar significa para nosotros el propio Emmanuel, que es el Árbol de la vida. El pan y el vino, que están sobre el altar, (son signo de) el cuerpo de Dios (...) y son frutos del Árbol de la vida”¹⁰.

Así pues, la posición de la Iglesia cristiana, que conjuga la figura de Cristo con la imagen mitológica del *Árbol de la vida*, tiene sus orígenes en el complejo mítico-religioso del Oriente Próximo, de donde fue incorporado al culto de ciertas comunidades o iglesias cristianas¹¹.

Pero ya en el *Apocalipsis* el evangelista Juan nos habla del carácter cristológico y soteriológico del *Árbol de la vida*:

“El que tenga oído, que oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias: al vencedor le daré a comer del Árbol de la vida, el cual está en medio del Paraíso de Dios” (Ap. 2,7).

“En medio de la calle y a uno y otro lado del río estaba el Árbol de la vida, que produce doce frutos, dando fruto cada mes; y las hojas del Árbol eran para sanar a las naciones” (Ap. 22,2).

“Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último. Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener derecho al Árbol de la vida, y para entrar por las puertas de la ciudad” (Ap. 22,13-14).

2.1. La teología de la Cruz

La concepción teológica de la Cruz está fundada en la inversión y antítesis de su significado original. Surge en la Iglesia cristiana como efecto

9 EFREN, San: *Himno de Epifanía*, 13, 10, 17. En el *Himno de Epifanía*, San Efrén Sirio (306-373) se dirige a los nuevos bautizados a modo de exhortación catequética. Cf.: WIDENGREN, G.: *Mesopotamiam Elements*, 28-ss.

10 CONNLY-CODRINGTON: *Two Commentaries on the Jacobite Liturgy*, 17. Cf. WIDENGREN, G.: *Fenomenología de la Religión*. Cristiandad. Madrid, 1976. El rito jacobita es propio de la Iglesia Ortodoxa Siria, fundada en el sig. XI por Jacob Baradeo (de ahí jacobita). Sus dogmas doctrinarios son de carácter monofisita.

11 Cf.: WIDENGREN, G.: *Fenomenología de la Religión*. Cristiandad. Madrid, 1976. -, 191.

resultante de exaltar un instrumento vil, un objeto humillante, un acontecimiento nefasto, expresión de condenación y muerte. En la cruz de Cristo tiene lugar la contradicción y contraposición de todos los valores: en la Cruz está el honor y la gloria, la justificación y la vida; y es la condición indispensable para seguir a Cristo (Mat. 16,24. Luc. 9,23).

Frente a la visión pagana de la cruz, dirá pablo: “Nosotros predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos y locura para los gentiles” (I Cor. 1,23). Aquel suplicio ajeno a todo hombre libre (Hech. 22, 22-29), tormento exclusivo de esclavos (Fil.2, 8), ignominioso y horrendo (Heb. 12, 2), fue dignificado y glorificado por el Hijo de Dios clavado en un árbol, el Árbol de la Cruz (Hech. 5,30; 10,39).

En el *Árbol de la Cruz*, El Bendito se hizo maldito, para salvar a la humanidad: “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, convirtiéndose en maldición por nuestra causa; porque está escrito: Maldito sea todo aquel que es colgado del árbol” (Gál. 3,13). Pero precisamente aquí radica su máxima exaltación: “Por lo cual Dios le exaltó hasta el sumo y le otorgó un nombre superior a todo nombre” (Fil. 2, 9). Por eso exclama Pablo: “Lejos de mí gloriarme en otra cosa, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo” (Gál. 6, 14).

2.2. Liturgia de la Cruz

El *Árbol de la vida* ejemplifica y sintetiza la figura de Cristo redentor y salvador, mirándolo en la perspectiva del *Árbol de la Cruz*:

“Es menester que nos gloriemos en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, en quien reside nuestra salvación, vida y resurrección; por medio del cual hemos sido salvados y liberados”¹².

El árbol por excelencia para el cristiano, el árbol que da frutos de vida y salvación, es la Cruz: “¡Salve, Cruz, esperanza única!”¹³. La liturgia de la Iglesia en su ciclo de máximo relieve existencial, la “Semana Mayor” (Semana Santa), asume el signo y tema del *Árbol de la Cruz* como ejemplo vi-

12 “Nos autem gloriari oportet in cruce Domini nostri Jesuchristi, in quo est salus, vita et resurrectio nostra; per quem salvati et liberati sumus”. (Introito: Liturgia del Jueves Santo). (Cf.: Gál.6, 14).

13 “O Crux, ave, spes única!” (Himno “Vexilla Regis”. -Liturgia de Pasión.- Venancio Fortunato.-Siglo VI).

viente de dolor y de triunfo, de muerte, vida y resurrección. Aquí el árbol se viste con los atributos de la Realeza sagrada; y se ennoblece por haber sostenido en sus ramas el fruto divino del Hombre-Dios:

“¡Oh árbol hermoso y refulgente, engalanado con la púrpura del Rey! Tú has sido elegido para tocar con tu noble tronco tan santos miembros”¹⁴.

El *Árbol de la Cruz* es el trono del Redentor, es el altar de la Nueva Alianza entre Cristo y la humanidad entera: “la nueva alianza en mi sangre” (Luc. 22,20). En el *Árbol de la Cruz* cobra vida y cumplimiento el reino mesiánico, que venía anunciándose por boca de David y los profetas: “Se cumplió lo que vaticinó David en fiel oráculo, cuando anunció a las naciones: “Dios reinará desde el árbol” ”¹⁵.

Por todo esto el *Árbol de la Cruz* es objeto de adoración en razón de sus indisolubles nexos con la divinidad en la persona de Jesucristo: “Ese es el árbol de la cruz, del que pende la salvación del mundo. ¡Venid, adorémoslo!”¹⁶.

Así lo ha venido proclamando la Iglesia desde los primeros siglos en el culto litúrgico de la pasión y muerte del Hijo de Dios. El *Árbol de la Cruz* entraña la mayor nobleza y dignidad; es el prototipo insuperable de todos los árboles, por haber sostenido el peso incomparable del cuerpo de Dios: “¡Cruz fiel, el árbol más noble de todos! No hay bosque que pueda mostrar un árbol semejante en follaje, flor (y) fruto. Dulce leño que, con dulce clavo, sostiene (tan) dulce carga”¹⁷.

14 “Arbor decora et fulgida, / ornata Regis purpura. / Electa digno stipite/ tam sancta membra tangere”. (Himno “Vexilla Regis”).

15 “Impleta sunt quae concinit/ David fideli carmine,/ dicendo nationibus: /regnabit a ligno Deus”. (Himno “Vexilla Regis”).

16 “Ecce lignum crucis, in quo salus mundi pependit. Venite, adoremus”. (Adoración de la Cruz. Liturgia del Viernes Santo).

17 “Crux fidelis, inter omnes/ arbor una nobilis./ Nulla silva talem profert, / fronde, flore, germine. Dulce lignum, dulci clavo, / dulce pondus sustinens”. (Himno de la Sta. Cruz. Liturgia del Viernes Santo. Autor: Venancio Fortunato. Sig. VI).

3. Pervivencia mítica: el *Árbol sagrado* y el *Cristo de Jerte*

3.1. El entorno

Jerte es un pueblo español de la región de Extremadura, situado en las estribaciones de la Sierra de Gredos, que da nombre a un valle rico en mitos, leyendas y misterios. La fiesta del Cristo de Jerte se celebra cada año, teniendo como epicentro el día dieciséis de Julio, fecha en que la liturgia cristiana conmemora el “Triunfo de la Santa Cruz”,¹⁸.

La festividad del Cristo, que se prolonga durante tres días, es la efeméride más relevante en el ámbito religioso del pueblo: es el día de su Patrón, el Cristo del Amparo, cuyos orígenes se hunden en la mitología y se traducen en relatos legendarios. Si nos detenemos en la imagen desde la perspectiva de la Historia del arte, diremos que se trata de una preciosa talla de madera policromada, de estilo barroco, de excepcional fuerza expresiva, realizada hacia el 1630 e inscrita en la escuela castellana del gran Gregorio Fernández. Pero a los ojos de la tradición y del sentimiento popular, este Cristo, -¡éste por sobre todos!- no es de hechura humana ni de entraña terrenal. Este Cristo, el Cristo del Amparo, es un ser viviente y latente y esencialmente divino, nacido de la acción de un ángel del cielo o de la intervención prodigiosa del mismo Dios. Más que signo de la divinidad, la imagen es *per se* divina. Entiéndase bien: el objeto de la devoción y adoración del pueblo no es el Cristo de la fe, evangélico y teológico, sino el Cristo de la tradición popular exaltado a nivel de idolatría, identificado y consustanciado con la pura imagen: es esa imagen de madera, “hecha por mano de hombre” (Deut. 27,15), la que vive y siente, hace milagros y ampara a “su pueblo”.

Las hazañas y vicisitudes propias de la épica popular se multiplican en la “vida y milagros” del Cristo de Jerte en aras de ubicarlo por encima de los héroes míticos, de los dioses ctónicos e, incluso, en pugilato con el mismo Dios.

18 El “Triunfo de la Santa Cruz”, como festividad instituida por la Iglesia, debe su denominación a dos acontecimientos: Uno, el hallazgo de la cruz en que murió Jesús, atribuido a Sta. Elena, madre del emperador Constantino, ocurrido en Jerusalén en el año 326. Otro, el que tiene que ver con la victoria obtenida por los ejércitos cristianos sobre las fuerzas del Islam en la batalla de las Navas de Tolosa, el día 16 de Julio de 1212.

3.2. Fenomenología mítico ritual

En el centro litúrgico de la fiesta del Cristo de Jerte se destaca la figura del *Ramo*, en consonante armonía con el *Árbol de la vida*. El ritual del *Ramo*, que tiene lugar dentro y formando parte de la celebración de la Misa, exige ciertas condiciones y actividades previas, que discurren a lo largo de sucesivas ceremonias¹⁹.

Para empezar con el *Ramo*, no se trata de un árbol cualquiera de libre elección, sino sujeto a exigencias precisas: el *Ramo* tiene que ser un Tejo. Y no es por capricho, sino en virtud de la simbología que entraña este árbol, “siempre vivo”, de hoja perenne, estructurado en forma de cruces por la casi horizontalidad de sus ramas, y alusivo por sus frutos rojos a la sangre redentora. El árbol de Tejo representa a Cristo crucificado, y sus pequeños frutos rojos semejan gotas de su preciosa sangre²⁰.

Cada año, en la antevíspera de la fiesta del Cristo, un joven con hacha y soga sube a la montaña él solo; elige el árbol, pernocta a la intemperie junto al tronco, lo tala en la madrugada y, cargándolo a cuestras, lo transporta hasta su casa. Allí lo reciben sus familiares y amigos con feliz orgullo, porque el *portador*, el “Ángel del *Ramo*”, ha tenido el honor de ser -ante el sacerdote y los mayordomos- el actor protagonista de tan enaltecida empresa. El día de la víspera se procede a la “vestidura” del *Ramo*. Todos cooperan en la colocación de cintas, frutas y dulces típicos con que se adorna el árbol.

El día del Cristo, el dieciséis de Julio, a la hora de Misa solemne, el cortejo del *Ramo* se traslada por la calle mayor hasta la ermita del Cristo del Amparo. El *portador* lleva sus manos cubiertas con una banda blanca que le cuelga del cuello, y sostiene el *Ramo* en silencio. El ritual se inicia con el Himno de entrada:

19 La tradición del *Ramo* no es exclusiva de Jerte, sino compartida por otros pueblos de la comarca con similares costumbres religiosas, que tienen también una imagen de Cristo crucificado por Patrón, tal como el Cristo del perdón en la localidad de Tornavacas, cuya festividad se celebra el 14 de Septiembre.

20 El Tejo, *taxus baccata*, es un árbol taxáceo, pariente de las coníferas. Crece junto a los manantiales y arroyos de montaña en las zonas mediterráneas, como es -en nuestro caso- la Sierra de Gredos. Puede llegar a alcanzar cinco metros de alturas, dotado de un tronco fuerte y recto, de ramas casi horizontales, de permanente verde oscuro. Su fruto es rojo, del color y tamaño de una pequeña cereza.

“Congregados ante ti, Jesucristo soberano,
al Árbol santo cantamos,
signo de la redención.

-Santo Cristo del Amparo,
senos propicio, Señor.

Acto seguido, el joven avanza con el *Ramo* entre sus manos hasta el centro del templo, donde se detiene, para entonar el segundo canto:

“Ángel, heraldo de paz, que al altar llevas el *Ramo*,
elévalo entre tus brazos
ante los ojos de Dios.

-Santo Cristo del Amparo,
senos propicio, Señor.

Y por fin, llegando hasta el altar mayor, que preside la imagen del Cristo, todos cantan a coro la última estrofa:

“En el Árbol de la Cruz está tu cuerpo clavado,
alimento del cristiano
y fruto de eterno amor.

-Santo Cristo del Amparo,
senos propicio, Señor”²¹.

Una vez concluido el Sacrificio de la Misa, así como Cristo fue bajado de la cruz y amortajado, el Árbol es despojado de sus “vestiduras”, cintas, frutos, dulces, que serán preservados para el posterior Ofertorio, al que, además de los frutos del *Ramo*, se añaden diversas ofrendas: dinero, animales selectos como corderos, chivos, lechones, que serán “rescatados” y consumidos en familia. Y aunque el acto subsiguiente no está exento de excesos orgiásticos y bacanales a semejanza de los misterios dionisiacos, lo profano y lo sagrado se aglutinan en la euforia y exaltación de los comensales; porque los elementos sacrificados y santificados no son tenidos como ali-

21 Canto ritual del *Ramo* del Cristo de Jerte. Anónimo del Sig. XIX. Cuando el pueblo experimenta situaciones críticas de guerras o calamidad pública, o cuando se trata de dar gracias por victorias o acontecimientos de sumo interés colectivo, el ritual del *Ramo* se vincula a esos motivos y el Himno cambia de letra de acuerdo a las circunstancias.

mento vulgar, sino de carácter y efecto sagrado. Por encima de todo se sienten fortalecidos y animados, porque -como suelen decir- “Nosotros y el Cristo del Amparo somos del mismo linaje”.

Retirado ya del templo el *Ramo*, es entregado a la familia del joven elegido ese año como “oferente” o “portador”. Luego en su hogar lo desgajarán y preservarán sus partes, para quemarlas en ocasiones especiales, para ahuyentar el mal y atraer el bien; como moneda bendita para aplacar y volver propicio a Dios.

Conclusión

El ritual del *Ramo del Cristo* de Jerte nos remite de inmediato a la teología de la Cruz, Árbol por antonomasia del cristianismo. Y al tratar de fundamentar sus orígenes primeros, nos conduce al *Árbol de la vida*, presente en gran parte de las religiones más antiguas y con marcado acento en las semitas y greco-romanas.

El árbol aparece como signo de vida, como fuente nutricia, como sombra y albergue de toda criatura, como escala ascendente de la tierra a los cielos. Los propios dioses son representados portando en sus manos plantas, tallos, ramos, como signo distintivo de su divinidad creadora. Los reyes y los héroes por su parte llevan el árbol simbolizado en su cetro o en sus instrumentos de poder y majestad. El árbol es atributo de la divinidad compartida con los dioses.

El Árbol y la Cruz constituyen el lazo de unión entre la Vieja Alianza y la Plenitud de los tiempos. El árbol asciende a la categoría gloriosa de la Cruz redentora y salvadora. Y se le rinde culto y se le aclama.

La memoria subconsciente de los pueblos retiene en sus arcanos mitos y en sus legendarias tradiciones el contenido soterrado de estos acontecimientos del *primordium*, inscritos en la prehistoria del hombre. Y nuestra tarea es develarlos y explicarlos en sintonía con el hombre de siempre, anclado entre el pasado y el porvenir.

La actualidad nos ofrece sobrados ejemplos similares al del *Ramo del Cristo* de Jerte, que sirven para dar unidad y continuidad a las ideas y creencias religiosas. Y en esta dirección se proyecta la Filosofía de la religión como ciencia reflexiva y crítica, orientada a comprender el sentido y significado de las manifestaciones existenciales y trascendentes del ser humano.